

En escondrijos raros, comunicados con galerías y caminos secretos, de los cuales está minado, aun antes que terminado, todo lo que el hombre construye. Bajo el suelo, bajo nuestras plantas, en las paredes que nos rodean, en el techo que cubre nuestras cabezas, están los roedores insaciables. Saldrán de noche, saldrán durante nuestra ausencia; aprovecharán el descuido, la distracción, el momento de cansancio; pero saldrán, á devorar lo que puedan, á usufructuar el caudal reunido por la actividad de los hombres. Son la manifestación continua, abrumadora, de la voluntad de vivir; de ese vivir natural, odioso, que, como dijo Leopardi, no cuida del bien, sino del ser.

Combatidos y atacados por cuantos enemigos y arbitrios conocemos — gatos, perros, mochuelos, comadrejas, serpientes, ratoneras, venenos, tiros — bien puede asegurarse que los ratones no disminuyen sensiblemente, y si no disminuyen, es que aumentan, es que se multiplican en proporción aterradora, es que pululan, es que algún día serán tantos que nos ahogarán bajo su inundo peso. La ratona es fecundísima; da á luz muchas veces al año, y no un solo ratoncillo, como los montes, sino cuatro ó cinco de una camada. Nadie la cuida; se ha de buscar ella el sustento para sí y sus pequeñuelos, y no se desgracia uno. ¿Cómo es que ya no nos han merendado los ratones, y especialmente las feroces ratas? La desaparición de nuestra especie del haz de la tierra, ¿no vendrá por los roedores?

El ratón es tímido: la rata no: ved en ella una fiera temible; si tuviese solamente las proporciones del gato, ¿quién se las habría con la rata? Cuando se propague más aún, cuando ande en bandadas, la ciencia tendrá que preocuparse, como de un serio problema, del modo de extinguir esa raza inextinguible. El hombre ha destruído, ha hecho desaparecer del planeta, á fuerza de darles caza, especies encantadoras, animales hermosos ó grandiosos, que hoy casi nos parecen fantásticos. Mientras el león escasea, la ballena casi no existe, el gallardo reno se replega al polo, el avestruz ve diezmada su africana tribu, viles ratas y ratones se infiltran en nuestra existencia, la amargan, la ensucian, la dominan por el número y la terquedad de su diente.

En sus pieles grises, color de polvo, hormiguean los parásitos transmisores de los morbos y de los contagios: esto que ahora se sabe, que antes se ignoraba, ha venido á demostrar una vez más que toda repulsión física tiene una razón de ser, quizás desconocida, pero profunda. La repugnancia, el susto pueril y chillado que inspira el ratón, no carecen de fundamento. Son los ratones esquivos de la peste; y nos la traen de la India, del Africa, de las regiones espléndidas y mortíferas del Brasil. ¿Crecéis que eran el tigre, la serpiente de cascabel, el tiburón, las fieras temibles, las que se encarnizan en el hombre? Desengañaos. El verdadero enemigo de la raza humana es ese roedor que provoca á risa, que parece inofensivo. Por él se esparce el terror, se acorran las fronteras, se llenan los hospitales y se rehinchon los cementerios. Por él es tan difícil seguir los pasos y cortar el vuelo á ciertos males, que se hacen endémicos donde el ratón y la rata no son implacablemente perseguidos.

Un buzo ha muerto al extraer del agua un cadáver de naufrago niño. Trabajaba gratuitamente y sucumbió á una congestión, producida por un principio de asfixia.

¿No os llama la atención, como á mí, el hecho de que existiendo profesiones tan arriesgadas y que exigen tal desarrollo de energía y resolución para ejercerlas, nunca falte quien las ejerza?

Si viviésemos bajo un régimen servil y se obligase á cumplir ciertos oficios á los esclavos, les compadeceríamos: ¡bajar á un pozo negro, desenfurrñar el alcantarillado, bucear, desredañar una mina de azogue! ¡Afiliarse á una fábrica de tejidos de algodón, con las partículas y la pelusa que se agarran á los pulmones! ¡Salir á redar sardina, cuando los mares quieren tragarse á la tierra!

Pues sin necesidad de forzar á nadie, sobra quien haga todo esto, y cosas peores aún, siquiera al pronto creamos que no cabe nada peor. El hambre da muchas y muy fuertes cornadas, y aparte del hambre, un misterioso estímulo que aguija al buzo para que de balde, generosamente, se hunda en el abismo negro, mudo, de verde cristal, á requerir un cuerpo muerto, entregando en cambio la vida del suyo...

Las alegres fiestas de Cartagena producen en mí ánimo la impresión contraria, de abatimiento y melancolía: verdad que no soy sola á experimentar y á manifestar esta impresión, que algunos periódicos

de Madrid reflejan fielmente. Si tuviésemos una marina como la que han procurado tener otras naciones europeas y americanas — Chile, Italia, el Japón, por ejemplo, — las fiestas de Cartagena serían un espectáculo confortador. Acude á mi memoria el recuerdo de las placas de blindaje que en mi visita al Arsenal de Cartagena vi por el suelo, donde yacían desde nueve años antes, esparcidas, esperando al día en que las alzase y las aplicase á los costados del crucero en lenta construcción, no la mano del obreiro, sino la gran constructora y la gran obrera — ¡la voluntad!

¿Qué festejamos en Cartagena? ¿Es la esperanza? ¿Es el deseo? ¿Es la ilusión? Porque la realidad, más es para plañida que para celebrada, y más cuando se nos colocan enfrente, dándonos dentera, los barcos de países que han querido tener marina y la han tenido, y no por eso han oprimido más de la cuenta al contribuyente, ni han sacrificado necesidades é imposiciones ineludibles del espíritu moderno, más imperiosas, tanto al menos, como la de defender las costas...

Absolutamente neutral como soy en política, orejana, según la frase de Miguel de Unamuno, paréceme que, sea orejano ó no, lleva razón el articulista de *El Imparcial* cuando pregunta, á propósito de la muestra naval de Cartagena: «¿Qué objeto puede tener este viaje del rey? ¿Exhibir ante Europa nuestra pobreza naval, como síntoma de la inferioridad de una política decadente?»

Ya tienen los servios su nuevo monarca. Se ha debatido mucho estos días si era justo, necesario y procedente castigar á los asesinos del antiguo; la diplomacia ha fruncido el entrecejo, y se ha acentuado una severidad correctísima que quisiera moldear las costumbres políticas en el troquel de la moralidad más estricta y noble. ¿Qué es eso de fundar tronos en el asesinato?, se repite por ahí. ¿Qué es eso de entrar en un palacio, á deshora, sembrando la muerte?

Ello es verdad que el pueblo servio reviste los caracteres de República italiana bajo los Médicis ó los Esforcias. Eran éstas extremadas en su cultura, y Servia más atrasada; pero aquella terrible energía que tanto cautivaba á Stendhal, florecía entonces con flores de sangre parecidas á las que ahora vemos abrirse trágicamente en el palacio maldito.

Hablar en serio del castigo de los asesinos, me parece inocente, cuando ni aun quedan rastros de la dinastía de Obreno que puedan clamar venganza ó justicia. Esta clase de crímenes no es castigada nunca sino — en todo caso — á petición de parte. Las cancillerías está bien que se enojen, por la forma, por el bien parecer; pero si en las cancillerías se creyese que va á estrenarse la dinastía de los Kara con un acto de ejemplaridad, alzando el cadalso ó formando el cuadro para ejecutar á los oficiales que penetraron en el Konak revólver en puño, sería demasiado candor.

Ni las restauraciones persiguen á los regicidas. He ahí la restauración inglesa, he ahí la francesa. Ante todo se impone la necesidad de echar un velo, mejor mientras más tupido, sobre lo pasado. Evocar el espectro de la tragedia es provocar tragedias nuevas, es remover en la memoria versátil é infiel de los pueblos. Yo estoy segurísima de que ni ahora, ni más adelante, cualesquiera que sean las vicisitudes que aguardan á la nacioncita balkánica, no han de comparecer ante ningún tribunal los matadores de Draga y Alejandro.

Lombroso — que no es santo de mi devoción, pero tiene puntos de vista muy apreciables — no le llamaría á lo de Servia revolución, como por ahí le llaman, sino revuelta sediciosa. Las revoluciones, en opinión de Lombroso, son un efecto lento, preparado y necesario, y las revueltas son una incubación precipitada, artificial, á temperatura exagerada. Desde aquí (tal vez allí el concepto pudiera modificarse) revuelta parece lo de Servia; no expresión histórica de la evolución, sino arrebatado pasional determinado por rencores y odios que persiguen, al través del hombre, á la mujer, sobre todo á la mujer. La revuelta, según Lombroso, también se diferencia de la revolución en que, en vez de ser obra de todas las clases sociales, lo es de un grupo limitado de castas ó de individuos. Así lo de Servia debe calificarse de revuelta militar; y son las clases pensadoras, inteligentes, intelectuales, las que hacen duraderos los efectos de una revolución á la cual han cooperado.

Aquí está el secreto de que la revolución francesa resistiese á tantos cambios políticos y á sucesos de tal importancia, y quedase infiltrada, por decirlo así, en la medula de la nación.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando el hombre sepa construir su vivienda, la construirá de modo que no puedan entrar en ella los roedores. Esta idea se me ocurre cada vez que encuentro en uno de mis libros, á los cuales quiero bien porque no son personas y no pueden darme mal pago, las huellas del diente del ratón. Si se construyese sin dejar aberturas ni agujeros, no viviríamos infestados por esas alimañas asquerosas.

Su propagación es, ó debiera ser, alarmante. Ratas y ratones no son un ejército, sino un pueblo que ha conquistado al mundo, extendiéndose por él. Dondequiera que existe un hombre, viven á su sombra y aprovechando su trabajo los ratones. Para ellos suda el labriego destripando el duro terrón, sembrando, recogiendo, entrojando el grano; para ellos gira la muela del molino, se amasa luego la blanca harina convirtiéndola en dorado pan, se cuece en el horno la sabrosa torta, y se cuaja y forma y prensa el fresco queso; y si pudiésemos sacar la cuenta de las subsistencias que devoran los ratones, veríamos con asombro la cantidad de vidas humanas que se llevan entre sus agudos dientes.

En los barcos constituyen la más cruel de las plagas. Dicen que allí es imposible perseguirlos. A primera vista, creyérase que allí debiera ser en extremo fácil: como que no tienen por donde escapar, salvándose por medio de la retirada medrosa, que es su única estrategia. Sin embargo, nada se logra; no se consigue ni aun contenerles en los límites del temor. Escondidos en las entrañas del buque, en la oscuridad, entre fardos y sacas, dedícanse á hacer suyo el trabajo comercial, como antes hicieron el agrícola. A veces aparece roída la carga: cajas enteras de quesos de bola, al abrirlas, muestran sólo la corteza grosella del queso, interiormente hueca y vana; el ratón, limpiamente, ha descascarado el queso y se ha tragado la pulpa.

¿Qué cosa estará segura de la voracidad del ratón? Claro es que tiene sus preferencias, y el queso y la harina y la galleta y el pan figuran en primer lugar en sus *menús* vegetarianas; pero privadle de esos alimentos favoritos: apenará con lo que encuentre. La carne — ¡sin exceptuar la humana! — el pescado, las legumbres y hortalizas, le vienen bien; las frutas le saben á gloria; merodea en los residuos; no desprecia el cuero ni la suela del calzado; el papel le entra; á la madera la ataca y la destruye; el lienzo y el algodón los considera comestibles, y su glotonería llega á aconsejarle que acometa al yeso, á la arcilla y á la cal. Sus dientes necesitan incesante entretenimiento, y con tal de roer, á nada hacen ascos. Roerían el mundo y lo reducirían á polvo, llevados por el instinto ciego, cuya fuerza en el animal triunfa y en el hombre no puede ocultarse.

La naturaleza les ha dado esos dientes y esa agilidad para huir, y huyen y se ocultan. — ¿Dónde? —